



familias wardenses

Familia Ferrantelli

Acompañando desde el despertar a la vida

Fue un 10 de marzo de 1993 que llegamos con nuestro hijo mayor Flavio, para comenzar su primer día de Jardín de Infantes en la Sala de 3 años. Una especial mezcla de sentimientos entre los nuestros y los de él. Orgullo y entusiasmo en papás jóvenes que soñábamos para Flavio una educación más profunda y sólida con la mirada en aquellas oportunidades que se proyectaran aún por encima de las nuestras personales. Bueno, como anhelamos todos los padres, que nuestros hijos sean mejores que nosotros.

Hoy, después de 23 años, sentimos con emoción que aquel sueño se cumplió. En este camino que arrancó allá lejos, años después se sumó otro hijo, Lucio, quien apenas comenzaba a caminar cuando su hermano mayor iba al encuentro matutino frente al mástil de la bandera, en el patio de los jacarandás. Allí se escabullía entre la formación y no lo podíamos sacar hasta que entraba con las nenas al aula, con el guiño cómplice de Jorge Claudio, el querido maestro de 4° grado. Un ratito sentado en los pupitres le alcanzaba a Lucio para calmar su ansiedad prematura de asistir a clases e imitar a su hermano, a quien veía partir contento cada mañana a los brazos de su segunda familia.

Fueron felices, porque la obligación de asistir a la escuela se convirtió rápido en la alegría de saber que tanta contención y cariño los haría sentir tan seguros como en el propio hogar. Tantas horas fuera de casa pasaban entonces como un abrir y cerrar de ojos para



nuestros hijos. Entonces, nosotros sus papás, también fuimos felices, no nos habíamos equivocado en la elección de la jornada extendida, porque la extensión fue un puente directo al corazón.

Vivencias maravillosas quedan en el arcón de los recuerdos. Las obras de teatro de 1995 y 2003 para homenajear a los egresados del Jardín de Infantes, la Entrega de Chalecos, los encuentros de padres con la comunidad educativa alrededor del fogón, tardes de cafés literarios escuchando cuentos mágicos, o las clases de arte para los papás que tan apasionada y gentilmente nos brindaba el profesor Juan Sebastián García. También las



excursiones, las convivencias, las salidas didácticas, los viajes de egresados, etc.

Y cómo no hablar de la actividad deportiva, que abrazaron con tanto entusiasmo y perseverancia cuando comenzaron a practicar handball que, para ser enteramente honestos, al principio no los encontró virtuosos de manera natural. Sin embargo, con el correr de los años, su esfuerzo empeñado junto con el apoyo familiar, fue ayudando dentro de la cancha y también fuera de ella para forjar su personalidad. Flavio jugó en la Selección Nacional siete años. También se fue contratado a jugar a un equipo que era el campeón de Italia, pero la nostalgia de los afectos lejanos y la decisión de concluir los estudios pudieron más y retornó al año. Abocado a concluir su carrera de ingeniero industrial, ya recorre el codo final de la misma. También Lucio está finalizando una etapa, ya que por estos días culmina su 6° año de Secundaria en el Colegio Ward.

El querido Handball seguirá siendo nuestro vaso comunicante con el Ward, el que también nos abrió paso a los padres que nos fuimos mimetizando desde los lugares más recónditos, ya sea desde la comisión, las caravanas acompañando a los chicos a sus encuentros, el loco en el Colegio los 25 de Mayo o las hamburguesas a la parrilla que organizábamos para juntar fondos para solventar los viajes de los equipos. Verlos jugar era un orgullo, ¡¡¡cuántas satisfacciones!!! Cuántas copas de la victoria alzadas gracias al esfuerzo y la tenacidad; ni que hablar del trabajo y pasión puestas por el Prof. Mariano Comaleras para hacer este sueño posible. Nuestros queridos “rojigrises” devolvieron con creces tantos sueños y esperanzas puestas en ellos. La cosecha de victorias fue

innumerable, pero sin dudas las más significativas las que lograron ni bien terminado cada encuentro deportivo, dejando la huella del respeto y la buena educación a su paso.

Un recuerdo muy especial a los directivos, docentes y administrativos que con su ayuda pudimos verlos realizarse y crecer sanos física y espiritualmente; también felices. Un alto en el camino, para el recuerdo especial de los que ya no están, pero que ciertamente su amada memoria seguirá presente como aquella marca indeleble y eterna que deja el afecto. Cada final de ciclo, al terminar un año significaba un pasito más cerca de la meta, pero más lejos del colegio que los vio y acompañó tantos años desde el despertar a la vida, y hoy es el último año. Por eso queremos reproducirles un tramo de la carta que incluimos en una revista del año 1995 que dos padres, casi tan locos como nosotros, decidimos hacer en homenaje a nuestros hijos, egresados de ese año donde “el Jardín” los despedía escribiéndoles así:

“...cuantas mañanas me asomaba a la ventana para verte jugar en el arenero, o trepar en el tobogán al revés... ¡cuidado mi niño, no vayas a resbalarte!; ahora sí subí sin miedo que abajo te espero....sólo unos poquitos días más para disfrutar de tus picardías y alguna pequeña travesura que en secreto me guardé. Hoy sé mi pimpollo que nunca me olvidarás; fui tu cuna en tus primeros asomos a la vida; en algún rincón mágico guardaré para siempre el alhajero que contiene el collar que enhebré con mis hermosas perlas que hoy se van. Gracias por tanta felicidad compartida, y por aquella cálida despedida que me regalaste el día de la familia. No puedo decirte adiós porque ya soy parte de vos, y siempre vivirás en mí, sino sólo hasta luego mi querido egresado...”

Gracias querido Ward por tanto, gracias por todo, te llevaremos como nunca en nuestros corazones, eternamente en la memoria. 🐣

Flavio ('07), Lucio ('15), Cristina y Alejandro Ferrantelli.